

BROEK.

Desde el momento en que empecé á escribir las primeras páginas de este libro, solía animarme á proseguirlo pensando en el placer que experimentarí cuando llegase á la aldea de Broek.

Tuve días de desaliento y de cansancio, en los cuales habría arrojado al fuego todos mis papeletes; pero de estas postraciones de ánimo me sacaba siempre aquella esperanza; la imagen de Broek era para mí mi estrella polar.—¿Cuánto tardaré todavía en llegar á Broek?—me preguntaba; y yo mismo me respondía suspirando:—Todavía faltan dos meses, veinte días, una semana, ya tan solo...—Héme aquí finalmente, y hé aquí llegando el suspirado día. Estoy alegre é impaciente; desearía poder expresar á la vez mis sentimientos, por medio de la pluma, del lápiz y de la voz; se me ocurren mil cosas y no sé cómo empezar, y me río de mí mismo como probablemente se reirá de mí el lector.

Entre las varias ciudades donde había estado desde Rotterdam á Amsterdam, había oído hablar más de una vez de la aldea de Broek; pero siempre de pasada y de tal modo, que casi en lugar de apagarse mi curiosidad, se aumentaba progresivamente. Cuando pronunciaba el nombre de este pueblo en un círculo, hacía reír á todos. A alguno pregunté el por qué de la hilaridad, y me respondió que por ser cosa ridícula. Otro, en El Haya, me había dicho, entre ágrío y dulce:—¡Oh! ¡Cuándo querrán acabar los extranjeros con este bendito Broek! ¡No hay otro asunto para divertirse de nosotros?—En Amsterdam, el dueño de mi casa, al señalarme en el mapa el camino que debía seguir para ir á Broek, reía como quien dice:—¡qué chiquillada!—De las personas á quienes pregunté noticias particulares, ninguna quiso dárme las; se encogían de hombros y contestaban:—¡Ya verá!—Solo por tal cual palabra, cogida al vuelo, llegué á comprender que se trataba de un pueblo rarísimo, famoso por su originalidad, desde fines del siglo pasado; descrito, ilustrado y tomado por diversion por los extranjeros para echar sobre los holandeses historias fabulosas y bromas de todas especies.

Hago gracia á mis lectores de la curiosidad que me atormentaba. Baste apuntar que soñaba con Broek todas las noches, y que me vería obligado á escribir un libro si intentara describir

todos los pueblecillos fantásticos, maravillosos é imposibles que fingí en mis ensueños.

Hice un esfuerzo para dar la precedencia á la excursion de Utrecht, y apenas vuelto de Amsterdam, partí para la misteriosa aldea.

Broek está en la Holanda del Norte á la mitad de la distancia, poco más ó ménos, que media entre la ciudad de Edam y Amsterdam, y no lejos de la playa del Zuiderzee. Debía, pues, atravesar el golfo de la *Y*, y recorrer un trozo del canal del Norte.

Me embarqué por la mañana en uno de los pequeños piróscafos que parten diariamente para Alkmaar y Helder, y en pocos minutos llegué al gran canal.

Es este el mayor canal de Holanda y una de las más admirables obras construidas en Europa en el siglo XIX. Todos saben de qué modo, manera y con qué objeto se ha abierto. En otro tiempo, para llegar al puerto de Amsterdam los grandes barcos, debían atravesar el golfo de Zuiderzee lleno de bancos de arena y agitado por fuertes tempestades.

Esta travesía larga y llena de peligros, era, sobre todo, difícil, en el punto en el cual se une el golfo de Zuiderzee con el de la *Y*, á causa de un gran banco llamado Pampus que no podían superar las grandes embarcaciones sino aligerando una parte de su cargamento, y haciéndose remol-

car con mucho trabajo, coste y pérdida de tiempo.

Para abrir una vía más fácil al puerto de Amsterdam, se construyó aquel gran canal que vá desde el golfo de la *Y* hasta el mar del Norte, atravesando todo el Norte de Holanda, de ochenta kilómetros de largo, cuarenta metros de ancho y seis metros de profundidad. Se dió principio á la obra en 1819, acabándose en 1825 y costó treinta millones de pesetas.

Gracias á este gran canal, cuando el tiempo es favorable, los más grandes buques llegan en ménos de veinticuatro horas desde el mar del Norte al puerto de Amsterdam. A pesar de esto, la ciudad se halla todavía, respecto á las otras poblaciones marítimas, en una posicion bastante desventajosa para el comercio, puesto que la entrada del canal del Norte, cerca de la isla de Texel, es difícilísima; y en el canal mismo, necesitan ser remolcados los barcos, costando el trayecto, sobre poco más ó ménos, mil pesetas; y en los inviernos crudos, las aguas se hielan, suspendiéndose la navegacion, y ocurriendo á veces que se gastan treinta mil florines para abrir paso por entre el hielo. Pero el valor de los holandeses no se detuvo ni aun ante estas dificultades, y abrió al comercio nuevos caminos. Otro canal, alrededor del cual ahora se trabaja, atravesando el golfo de la *Y* en la direccion de su mayor longitud, cortando las dunas y desembocando en el mar

cerca del pueblo de Wyk-aan-zee, separando así la Holanda del Norte del Continente.

Este canal tendrá veinticinco kilómetros de largo y el ancho del de Suez; las embarcaciones podrán llegar por él desde el mar á Amsterdam en dos horas y treinta minutos; una gran parte del golfo de la Y, rellenada con los materiales socavados del canal, se convertirá en tierra cultivable, cerrando de tal suerte para siempre la vía á las inundaciones del mar, las cuales amenazan constantemente á Amsterdam. Los trabajos empezados el año de 1866 están casi para terminar; y desde el 25 de Setiembre de 1872, un buque de la sociedad que lleva á cabo la empresa, ha recorrido en triunfo el nuevo camino, saludado con verdadero entusiasmo por la gran ciudad, como heraldo que anuncia futura prosperidad y fortuna cierta para el porvenir.

Apenas el piróscafo hubo pasado las compuertas monumentales del canal del Norte, desapareció ante mis ojos golfo, puerto, Amsterdam, todo, porque en aquel punto las aguas del canal son casi tres metros más bajas que el nivel del mar; y no ví más que mil millares de arboladuras de buques, puntas de campanarios y extremos de las alas de los molinos que sobresalían sobre los altísimos diques, en medio de los cuales discurría. De cuando en cuando el piróscafo pasaba por una estrecha compuerta, las orillas estaban desiertas, el canal

cerrado por todas partes, el horizonte escondido; parecía navegar por los fosos de una fortaleza inundada. Despues de media hora de esta furtiva navegacion, llegamos á un pueblecillo, verdadero pueblo de juguete, formado por algunas casitas coloreadas, colocadas en fila á lo largo del dique y casi enteramente ocultas por una hilera de árboles cortados en forma de abanico y plantados delante de las puertas como para defender de las miradas de los curiosos transeuntes, los secretos de la vida doméstica. El piróscafo pasó por otra compuerta saliendo á campo raso, donde se me presentó un espectáculo enteramente nuevo.

Las aguas del canal, estando más elevadas que la campiña circundante, se deslizaba el barco á la altura de las copas de los árboles y de las chimeneas de las casas que flanqueaban el dique. La gente que pasaba por los senderos levantaba la cabeza para mirar la embarcacion, de igual manera que poco antes alzábamos la cara nosotros para mirar la gente que pasaba sobre los diques. Encontrábamos barcos remolcados por caballos, faulchos arrastrados por familias enteras puestos en fila por orden de edad, desde el abuelo al nieto, y delante del nieto, el perro; barcas que venían de Alkmaar y de Helder, llenas de aldeanas con su corona de oro alrededor de la frente; y por todas partes en el campo, corrían barquichuelos de vela que parecían se deslizaban por el suelo de la

campiña, ya que las aguas quedaban ocultas por los verdes diques, cortando al parecer las embarcaciones la yedra de los prados.

Llegado al término de mi viaje, bajé y estuve atento á la partida del piróscafo; y luego solo en mi solo cabo, emprendí el camino de Broek, bordado á la izquierda por un canal y á la derecha por un seto vivo.

Debía caminar una hora.

La campiña estaba verde y regada por mil canalillos dispuestos en red, y salpicada por grupos de árboles y molinos de viento, reinando en todas partes el silencio de las estepas. Bellísimas vacas blancas y negras erraban ó descansaban á la orilla de las aguas, sin que nadie las custodiase; grandes bandadas de gansos y de ánades blancos como cisnes, saltaban del agua á la tierra y de la tierra al agua; alguna que otra barquilla diminuta cruzaba por los canales entre los prados, conducida á remo por un campesino. Aquella vasta llanura, animada por esta vida muda y lenta, me inspiraba un sentimiento de paz tan suave, que la más dulce música me habría turbado como importuno estrépito.

Después de media hora de travesía, aunque no aparecía aún sino la punta del campanario de Broek, empecé á ver algo que anunciaba la proximidad de la aldea.

El camino serpeaba entre un dique, al lado

del cual se hallaba de trecho en trecho una casa. Una de éstas, como caja de madera, que apenas llegaba con el techo al borde del camino, parecía más bien que casa una madriguera; tenía su ventanita con su cortina blanca atada á un lado con una cinta azul; y como no estaba enteramente corrida, veíase por entre los vidrios, en el fondo de la habitación, una mesita con un servicio de té encima y unos pequeños floreros con ramos de flores: todo limpio y dispuesto como escaparate de tienda. Apenas pasé la casa, ví dos palos clavados en el suelo sosteniendo un vallado, y pintados de azul y blanco, como los que se suelen poner para colgar gallardetes en las fiestas públicas; un poco más allá encontré una casucha de aldeanos ante la cual se ven sillas, bancos, rastrillos, palas, ropas, todo pintado de rojo, de amarillo, de azul, con listas y adornos de toda clase como útiles de saltimbanquis. Ando un poco, y veo otras casas rústicas, con las ventanas adornadas de cintas, y con red metálica, cerradas, y detrás espejos móviles y juguetes colgados; las tejas están pintadas de varios colores y las puertas barnizadas.

A medida que avanzo crece la viveza y la variedad de los colores, la limpieza, el brillo y la pompa. Se ven cortinas recamadas y cintas color de rosa, ondulando al viento en las ventanas de los molinos; carros é instrumentos de labranza, cuyos hierros resplandecen como si fueran de pla-

ta; casas de madera barnizada; vallas pintadas de distintos colores, limitando las propiedades; ventanas con cristales de color,—y por último, la más extraña de todas las rarezas:—¡Arboles con el tronco pintado de azul desde la raíz hasta el comienzo de las ramas!

Riendo de todas estas originalidades, llego á un amplio valle circundado de espesas y frondosas alamedas, más allá de cuyo bosquecillo despunta un campanario. Miro alrededor: no hay más que un chico revolcándose en la hierba; le pregunto:—¡Broek?—El chico se echa á reir y responde:—¡Broek!

Miro y reparo por entre el verde de las alamedas y entre los huecos de los arbustos un brillo arlequinado, con colores tan variados, tan rabiosos, y hasta, si se me permite la frase, tan impertinentes, que se me escapa una exclamacion de asombro.

Giro alrededor de esta hondonada y paso sobre un pequeño puente de madera blanca como la nieve, y enfilo la primera calle que se me presenta... ¡Broek! ¡Broek! ¡Broek! Lo reconozco: no hay duda, esto no puede ser más que Broek!

Imaginaos un pueblo hecho de cartulina por un muchacho de ocho años; una ciudad fabricada en el escaparate de una tienda de juguetes tiroleses; una aldea construida por un bailarín sobre el dibujo de un abanico chino; una reunion de bar-

racas de titiriteros enriquecidos; un grupo de quintas construidas para servir de teatro infantil; una fantasía de oriental, embriagado con ópio; imaginad algo que haga pensar al mismo tiempo, y recuerde al Japon, la India, la Tartaria, Suiza; fingid en la mente el estilo *plateresco* español y el *rococó* Pompadour; cread en la mente un edificio de esos de azúcar, de esos que ponen los confiteiros en el aparador en los dias de santos renombrados; pensad la mezcla de elementos bárbaros, gentiles, presumidos y orgullosos, ingenuos y sencillos, tontos y locos, primitivos é infantiles: elementos que provoquen al propio tiempo la risa, el encanto del niño, la satisfaccion y recreo del jóven, y que ofenda al buen gusto; soñad, por último, en la más extravagante puerilidad que pueda recibir el nombre de aldea, y tendreis con todo eso una lejana idea de lo que poco más ó ménos es Broek.

Todas las casas están rodeadas por un jardincillo separado de la calle por una valla de forma de balaustrada y con manzanas, limones ó naranjas de madera en los remates de los piés derechos. Las calles se hallan limitadas por estas á manera de verjas, y quedan estrechísimas por las reducidas aceras de ladrillos de colores puestos de canto y combinados con toda especie de dibujo, de modo que parecen las calles, miradas desde una punta á otra, tapizadas por chales turcos. En

la mayor parte de ellas, el centro es como las aceras descritas. Las casas, en lo general, son de madera, sin otro piso que el bajo, pequeñísimas y pintadas de encarnado ó negro, ó ceniza, ó azul celeste, ó color de tierra, ó verdes; el techo lo cubren tejas barnizadas ó vidriadas, colocadas en escalera; bordan los tejadillos salientes un feston de madera calado; las fachadas lucen una coronación por lo comun triangular, con una banderola en el vértice de ésta: tímpanos que parecen en conjunto ramos de flores; las ventanas, con vidrios de color, las adornan con cortinas de todas especies, con cintas y lazos, con puntas festoneadas y con franjas de otras telas sobrepuestas; las puertas pintadas y doradas, ostentan en su frente toda clase de bajo-relieves, representando flores, frutas, figuras y trofeos, leyéndose en medio de estos adornos el nombre y la profesion del propietario.

Casi todas las casas tienen dos puertas; una en la fachada anterior y otra en la posterior. Por ésta se manda la familia; la anterior solo se usa en las ocasiones solemnes de la vida, tales como los nacimientos, las defunciones ó los matrimonios.

Los jardines no son ménos raros que las casas. Parecen hechos para enanos. Las veredas apenas tienen el ancho necesario para andar una persona. Los cuadros casi pueden abarcarse con los brazos, y en los asientos apenas pueden sentarse dos per-

sonas muy apretadas; los setos que separan los arriates, apenas llegan á la rodilla de un niño de cuatro años. Los canalitos son de juguete, apropiados para echar barquitos de naipes, y sobre los mismos se extienden puentecillos de madera, puerilmente supérfluos, sobre columnitas diminutas y antepechos pintarrachados; hay lagos como una palangana, ó como un baño á lo más, provistos de su barquilla liliputiense, atada por un cordoncillo encarnado á un palo azul; escaleritas, huertecitos, pequeñas enercujadas, puertecillas, cancelitas, todo se puede medir con una mano, superar con un salto, y derribar de un puñetazo.

Alrededor de las casas y de los jardines se levantan árboles podados en forma de abanicos, ó de penachos, ó de bola, ó de discos, ó de trapecios, con sus troncos coloreados á franjas azules y blancas, y casetinas de madera para los animales domésticos, doradas y esculpidas como palacios de muñecas.

Pasada revista á las primeras casas y á los primeros jardines, me interné en el pueblo.

No se veía ánima viviente ni por las calles ni en las ventanas. Todas las puertas estaban cerradas, todas las cortinas corridas, todos los canales desiertos, todos los barquichuelos inmóviles.

El pueblo está construido de tal modo, que en ningun punto se ven más de cuatro ó cinco casas agrupadas, y á medida que se avanza, una se es-

conde, otra sale, la tercera salta de pronto á la vista; y por todas partes, en medio de los troncos de los árboles, aparecen y desaparecen listas y manchas de colores vivísimos, como de baile carnavalesco ó comparsas de máscaras que disputan y se pelean. A cada paso se descubre una nueva pequeña perspectiva teatral, una distinta combinación extraña de colores, un diferente capricho, una diversa ridiculez. Créese que de un momento á otro debe salir por todas aquellas puertas una poblacioncilla de autómatas con platillos turcos y tamborcitos, como los muñecos que se mueven en los organillos callejeros. Con cincuenta pasos se dá vuelta á una casa, se salva un puente, se atraviesa un jardin, se recorre una calle y se vuelve al sitio de donde se partió.

Un niño os parece un hombre, y un hombre os parece un gigante. Todo es pequeñin, medido á compás, lamido, pintado, contrahecho, desnaturado, extravagante é infantil. Desde el principio le dá á uno ganas de reir; luego se apodera de uno un cierto mal humor al pensar si los habitantes de aquel pueblo en miniatura, pensarán si lo encontrareis delicioso; aquella caricatura acaba por pareceros odiosa; de buena gana daríais el dictado de chico á todos los dueños de casa; queríais persuadirlos de que su famoso Broek es un insulto al arte y á la Naturaleza, y que no tienen ni buen gusto ni buen sentido. Pero cuando os

habeis desahogado de estos pensamientos, volveis á reir, y la risa acaba por prevalecer en absoluto.

Despues de haber girado un poco sin encontrar á nadie, me ocurrió el deseo de ver el interior de una casa.

Mientras miraba por todos lados buscando un alma hospitalaria, oí que me llamaban—*Monsieur!*—y volviéndome divisé una mujer en el dintel de una puerta, la cual me preguntó tímidamente, y con la siguiente pronunciacion:—*Foulez vous voir une maison particulière?*—*Accepté;* la mujer dejó los zuecos á la puerta, segun costumbre en todas las casas de aquel país, y me condujo dentro. Era una pobre viuda—segun me dijo apenas entramos,—y no tenía más que una habitacion; pero ¡qué habitacion!

El pavimento estaba cubierto de fina estera, limpísima; los muebles brillaban como el ébano; las anillas de la cómoda, la lengüeta de la cerradura del baul, los relieves de un pequeño *secrétaire*, las perinolas de las sillas, hasta los clavos de las paredes, parecian de plata. La chimenea era un verdadero templete, revestido de láminas de maiólica, nítidas, como si no hubiesen jamás visto el humo. Sobre un velador habia un tintero de cobre, una pluma de hierro y algunas bagatelas que hubieran llamado la atencion en el escaparate de una platería. Por todas partes donde se volvía la vista, brillaba algo. No viendo la cama,